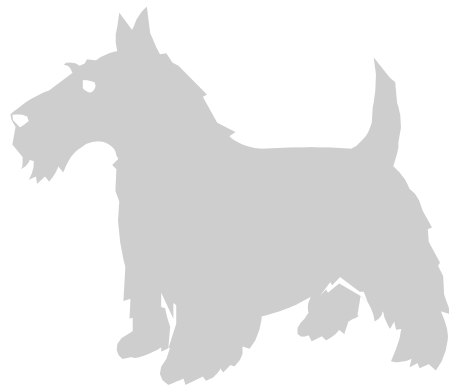


STEPHEN KING

LA TEORIA DE LAS MASCOTAS DE L.T.



Traducido por Charlie Decker

Mi amigo L.T. casi nunca habla sobre cómo su esposa desapareció, o de que ella probablemente este muerta, simplemente otra víctima del Hombre del Hacha, pero a le gusta contar la historia de cómo le dejó. Lo hace poniendo los ojos en blanco, como si dijera “ella me engaño, muchachos, mucho, y como Dios manda”. A veces cuenta la historia a un grupo de hombres sentados en uno de los muelles de carga detrás de la fabrica mientras comen sus almuerzos, él también toma el almuerzo, el que se prepara él mismo – ninguna Lulubelle ha vuelto a casa para hacerlo en estos tiempos. Normalmente ríe cuando cuenta la historia, que siempre termina con la Teoría de las Mascotas de L.T. Demonios, yo normalmente me río. Es una historia divertida, incluso si sabes como termina. Pero ninguno de nosotros lo sabe, no completamente.

“Fiché a las cuatro, como siempre”, decía L.T., “entonces fui a Deb’s Den a tomar un par de cervezas, como la mayoría de los días. Jugué una partida al pinball, y me fui a casa. Fue en ese momento cuando las cosas dejaron de ser como habitualmente. Cuando una persona se levanta por la mañana, no tiene la mas mínima idea de cuánto puede haber cambiado su vida cuando descansa la cabeza por la noche. ‘Él no sabe el día o la hora’, dice la Biblia. Yo creo que este verso en particular es sobre el final, pero es apropiado para cualquier cosa, chicos. Cualquier cosa en el mundo. Nunca sabes cuando vas a hacer saltar la trampa”.

“Cuando giré hacia el camino de entrada vi que la puerta del garaje estaba abierta y que el pequeño Subaru que trajo al matrimonio no estaba, pero esto no me pareció extraño en el momento. Ella siempre estaba yendo a algún sitio – un rastrillo o algún otro sitio – y dejando la maldita puerta del garaje abierta. Yo se lo decía, ‘Lulu, si sigues haciendo esto el tiempo suficiente, a la larga alguien lo aprovechara. Vendrá y se llevara un rastrillo o una bolsa de musgo. Demonios, incluso un Adventista del Séptimo Día recién salido de la escuela haciendo su ronda para ganarse una insignia robaría si pones la suficiente tentación en su camino, y es el peor tipo de persona para tentar, porque ellos la sienten más que el resto de nosotros’. De todas maneras, ella siempre decía ‘Mejoraré, L.T., lo intentare, de cualquier modo, realmente lo haré, cariño’. Y lo hacía bien, hasta que reincidía de vez en cuando como cualquier pecador”.

“Aparque pegado a un lado para que ella pudiera meter el coche dentro cuando llegara de donde fuera, pero cerré la puerta del garaje. Luego me dirigí a la cocina. Comprobé el buzón, pero estaba vacío, el correo estaba dentro, en el aparador, así que ella debía haberse ido después de las once, porque no llega al menos hasta entonces. El cartero, quiero decir”.

“Bien, Lucy estaba junto a la puerta, maullando como lo hacen los Siameses –me encanta ese maullido, creo que es algo bonito, pero Lulu siempre lo ha odiado, quizá porque suena como el llanto de un niño y ella no quiere tener nada que ver con niños. ‘¿Qué haría con una alfombra de piel de mono¹?’ solía decir”.

“Lucy esperando en la puerta tampoco era nada fuera de lo normal. Esa gata me quería. Todavía lo hace. Ahora tiene dos años. La adquirimos al principio del último año que estuvimos casados. Ya vale de dar rodeos. Parece imposible creer que Lulu se fuera hace un año, y eso que solo estuvimos juntos tres. Pero Lulubelle era del tipo que impresionan. Lulubelle tenía lo que yo llamo calidad de estrella. ¿Sabes a quién me recordaba siempre? A Lucille Ball. Ahora que lo pienso, creo que esa fue la razón por la que llame Lucy a la gata, aunque no recuerdo haber pensado en ello en aquel momento. Podría haber sido lo que llaman una asociación subconsciente. Ella entraba en una habitación –Lulubelle, quiero decir, no la gata – y la iluminaba de alguna manera. Una persona como esa, cuando se ha ido apenas puedes creerlo, y te quedas esperando a que vuelva.

“Mientras tanto, aquí esta la gata. Su nombre era Lucy, para empezar, pero Lulubelle odiaba la forma en que actuaba, tanto que empezó a llamarla Screwlucy², y cosas de ese tipo. Lucy

¹ La expresión original para “alfombra de piel de mono” es rugmonkey. No he sido capaz de encontrar una traducción adecuada, así que si alguien es capaz de hacerlo, lo cambiare (N. del T.)

² Screw significa arruinar o estropear algo, así que la traducción literal sería algo Ali como Fastidiolucy o Jodelucy. (N. del T.)

no estaba loca, creo, solo quería ser amada. Quería ser amada mas que cualquier otra mascota que yo haya tenido en mi vida, y he tenido unas cuantas”.

“De modo que entré en casa y cogí a la gata y le acaricie un poco y ella subió a mi hombro y se sentó allí, ronroneando y hablando en el lenguaje siamés. Comprobé el correo que estaba en el aparador, tire las facturas a la papelería, y fui al frigorífico a por algo de comer para Lucy. Siempre guardo una lata abierta de comida para gatos ahí, con un trozo de papel de aluminio encima. Evita que Lucy se excite y clave sus garras en mi hombro cuando oye el abrelatas. Los gatos son inteligentes, ya sabéis, mucho mas listos que los perros. También son diferentes en otras cosas. Puede ser que la mayor división en el mundo no sea hombres y mujeres, sino gente a la que le gusta los gatos y gente a la que le gusta los perros. ¿Alguno de vosotros, empaquetadores de cerdo, ha pensado en eso alguna vez?”.

“Lulu protestaba como el demonio por tener una lata abierta de comida para gatos en el frigorífico, aun cuando tuviera un trozo de papel de aluminio encima, decía que eso provocaba que todo supiera como atún rancio, pero yo nunca cedí en eso. En la mayoría de las cosas deje que se saliera con la suya, pero ese asunto de la lata de comida para gatos era una de las cosas en las que defendí mis derechos. De todas maneras, no tenía nada que ver con la lata de comida para gatos. Tenía que ver con la gata. A ella no le gustaba Lucy, eso era todo. Lucy era su gata, pero a ella no le gustaba”.

“De modo que fui al frigorífico y vi que había una nota en él, sujeto con uno de los imanes con forma de vegetal. Era de Lulubelle. Mas o menos como lo recuerdo, decía algo así:

“ Querido L.T. - Te estoy abandonando, cariño. A menos que llegues temprano a casa, me habré ido hace tiempo cuando leas esta nota. No creo que llegues temprano a casa, no has llegado temprano a casa en todo el tiempo que llevamos casados, pero al menos sé que leerás esto nada mas vuelvas a casa, porque lo primero que haces siempre al regresar no es venir a verme y decir “Hola cariño, estoy en casa” y darme un beso, sino ir al frigorífico y sacar lo que sea que quede en la ultima asquerosa lata de Calo³ que pusieras ahí y dar de comer a Screwlucy. Al menos sé que no irás arriba y te darás un susto al ver que mi foto de La Ultima cena de Elvis no está, y mi mitad del armario este casi vacío y pienses que ha venido un ladrón al que le gusta la ropa de mujer (al menos alguien a quien solo le importa lo que hay debajo de ella). ”

“ Yo me enfado contigo algunas veces, cariño, pero sigo pensando que eres dulce y cariñoso y amable, tú serás siempre mi pequeño bizcochito de sirope de arce, no importa donde nos lleven los caminos. Es solo que he decidido que no estaba hecha para ser la esposa de un envasador de Spam⁴. Esto no lo digo de una forma presuntuosa. Incluso llame a la Línea Psicológica la semana pasada, he meditado esta decisión, permaneciendo despierta noche tras noche (oyéndote roncar, chico, no quiero herir tus sentimientos pero siempre tienes un ronquido en tí), y me dieron este consejo: “Una cuchara rota puede ser un tenedor”. Al principio no lo entendí, pero no me di por vencida. No soy lista como algunas personas (o como creen algunas personas que son), pero trabajo en las cosas. Mi madre solía decir que el mejor molino muele despacio pero sumamente fino, y yo lo molí como un molinillo de pimienta en un restaurante chino, pensando por la noche, mientras roncabas y soñabas sin dudas, en cuantos morros de cerdo podías meter en una lata de Spam. Y entendí el refrán, porque la forma en que una cuchara rota puede llegar a convertirse en tenedor es una bonita cosa en la que pensar. Porque el tenedor tiene puntas. Y estas puntas pueden separarse, tal como tu y yo debemos separarnos, pero siguen teniendo el mismo mango. Así estamos. Somos seres humanos, L.T., capaces de amarnos y respetarnos. Fíjate en todas las peleas que hemos tenido sobre Frank y Screwlucy, y a pesar de eso normalmente nos las arreglamos para entendernos. Pero el momento me ha llegado para probar suerte por caminos diferentes a los tuyos, y meterme en el gran río de la vida con un punto de vista diferente al tuyo. Además, echo de menos a mi madre’.”

³ Marca de comida para gatos.

⁴ Marca comercial. Carne troceada, normalmente cerdo, compacta y en barra. Algo así como la mortadela o el chopped. (N. del T.)

(No puedo decir seguro si todo estas cosas realmente estaban en la nota que L.T. encontró en su frigorífico; no parece totalmente posible, debo admitirlo, pero -los hombres que escuchaban su historia estarían acurrucándose en el pasillo en este punto o alrededor del muelle de carga-, al menos suena a Lucibelle, eso puedo asegurarlo).

“ Te lo ruego, no intentes seguirme, L.T., y aunque estaré en casa de MI madre y sé que tienes el numero, apreciaría que no llamas y esperaras a que yo te llame. En su momento lo haré, pero mientras tanto tengo un montón de cosas en las que pensar, y aunque esté en el buen camino, todavía estoy hecha un lío. Supongo que finalmente te pediré el divorcio, y creo que es justo decírtelo. Nunca he sido una persona que ofrezca falsas esperanzas, siendo partidaria de que es mejor decir la verdad y ahuyentar al diablo. Por favor, recuerda que lo que hago lo hago por amor, no por odio o resentimiento. Y por favor, recuerda lo que me dijeron y que ahora te digo yo: una cuchara rota puede ser un tenedor disfrazado. Con todo cariño,

Lulubelle Simms’.

L.T. hacia una pausa aquí, dejándoles digerir el que ella se había despedido con su nombre de soltera, y dando a sus ojos unos de esos giros patentados por L.T. DeWitt. Luego les contaba la postdata que ella puso en la nota:

“ Me llevo a Frank conmigo y te dejo a Screw Lucy. Pienso que probablemente esto es lo que querías. Con cariño, Lulu’.”

Si la familia DeWitt era un tenedor, Screw Lucy y Frank eran las otras dos puntas en él. Si no fuera un tenedor (y hablando para mi mismo, siempre he tenido la sensación de que el matrimonio es mas parecido a un cuchillo -del tipo mas peligroso con dos filos afilados), se podría decir que Screw Lucy y Frank eran lo que resumía todo lo que iba mal en el matrimonio de L.T. y Lulubelle. Porque, pensad en ello -aunque Lulubelle compró a Frank para L.T. (en el primer aniversario de boda) y L.T. compro a Lucy, que pronto seria Screw Lucy, para Lulubelle (segundo aniversario de boda), cada uno acabó con la mascota del otro cuando Lulu abandonó el matrimonio.

“Ella me compró ese perro porque a mí me gustaba el que salía en Frasier”, decía L.T. La raza del perro era terrier, pero no recuerdo ahora como se llama ese tipo. Jack algo. ¿Jack Sprat?, ¿Jack Robinson?, ¿Jack Shit⁵? ¿Sabéis cómo una cosa como esa se te queda en la punta de la lengua?”.

Alguien le dijo que el perro de Frasier era un terrier Jack Russel y L.T. asintió con la cabeza enérgicamente.

“¡Eso es!, exclamó. “¡Seguro!. ¡Exactamente!. Eso es lo que Frank era, correcto, un terrier Jack Rusell. Pero ¿quieres saber la fría y dura verdad?. Dentro de una hora se me olvidará otra vez, estará en mi cerebro, pero como algo bajo de una piedra. Dentro de una hora me estaré diciendo a mí mismo ‘¿qué dijo ese tipo que era Frank?. ¿Un terrier Jack Handle?. ¿Un terrier Jack Rabbit?. Es algo así, sé que es algo así..’. Etcétera. ¿Por qué?. Creo que es porque yo odiaba tanto a ese pequeño jodido. Esa rata ladradora. Esa maquina de mierda con piel. Lo odiaba desde la primera vez que puse los ojos en él. Ya. No está y estoy contento. ¿Y queréis saber por qué?. Frank sentía lo mismo por mí. Fue odio a primera vista”.

“¿Sabéis cómo algunos hombres entrenan a sus perros para que les lleven las zapatillas?. Frank no me traía las zapatillas, pero vomitaba en ellas. Sí. La primera vez que lo hizo, metí en eso el pie derecho. Fue como meter el pie en tapioca caliente con grumos extra grandes en ella. Aunque no lo vi, mi teoría es que esperó fuera del dormitorio hasta que vio que llegaba -jodidamente escondido mas allá de la puerta del dormitorio- entonces entró, descargó en mi zapatilla derecha y se escondió debajo de la cama para ver la diversión. Deduje esto basándome en que todavía estaba caliente. Puñetero perro. El mejor amigo del hombre, y una mierda. Quise mandarlo a la perrera, con correa y todo, pero a Lulu le dio una mierda de ataque. La tendríais que haber visto cuando llego a la cocina y me pilló intentando hacerle al perro un lavado de estomago”.

⁵ Jack Mierda (N. del T.)

“ ‘Si llevas a Frank a la perrera, también podrías hacerlo conmigo’, dijo, empezando a llorar. ‘Eso es lo que quieres hacer con él, y eso es lo que quieres hacerme. Cariño, todo lo que somos para ti es una molestia de la que te gustaría deshacerte. Esa es la dura realidad’. Quiero decir, oh mis sangrantes almorranas, sin parar”.

“ ‘Ha vomitado en mis zapatillas’, dije”.

“ ‘El perro vomitó en sus zapatillas así que le corten la cabeza’, dijo ella. ‘¡Oh, pastelillo de azúcar, si solo pudieras oírte!’

“ ‘Hey’, dije, ‘intenta meter tu pie desnudo en una zapatilla llena de vómito de perro y verás como te gusta’. Poniéndola furiosa, ya sabéis.

“Excepto que poner furiosa a Lulu nunca era nada bueno. La mayoría de las veces, si tú tenías un rey, ella tenía un as. Si tú tenías un as, ella tenía un triunfo. Además, la mujer era jodidamente exagerada. Si algo pasaba y yo me enfadaba, ella se ponía furiosa. Si yo me ponía furioso, ella enloquecía. Si yo enloquecía, ella se ponía en la jodida Alerta Roja Defcon I y vaciaba los silos de misiles. Estoy hablando de arrasarlo la Tierra. Normalmente no merecía la pena. Pero normalmente cuando nos peleábamos, yo lo olvidaba.

“Ella continuó ‘Oh, cariño. Has metido tu piecico en un poco de vómito’. Intenté intervenir, explicarle que no era cierto, que un poco de vomito es como un poco de saliva, un regurgitado no tiene esos grandes trozos flotando, pero ella no me dejó decir palabra. Para entonces, ella había pasado al carril de adelantamiento, todo adelante y lista para dar una lección”.

“ ‘Deja que te diga algo, cariño’, empezó, ‘unas pocas babas en tus zapatillas es algo menor. Tío, escúchame. Intenta ser una mujer algún día, ¿vale?. Intenta ser quien siempre termina apoyándose en esa pequeña parte de tu espalda donde tienes una espinilla, o quien va al baño en mitad de la noche y el tipo ha dejado la maldita tapa subida y te caes y chapoteas en ese agua fría. Un poco de buceo a medianoche. Tampoco ha tirado de la cadena, los hombres piensan que el Hada de la Orina viene a eso de las dos de la mañana y se ocupa de todo, y ahí estas, pringada de meado, y entonces te das cuenta de que tus pies también están en eso, estas chapoteando en Porquería de Limón porque aunque los tíos piensan que son Dick el tirador con eso, la mayoría no aciertan una mierda, borrachos o sobrios acaban pringando todo el maldito suelo alrededor del retrete antes de que empiecen a acertar. Toda mi vida he vivido con eso, cariño –un padre, cuatro hermanos, un ex-marido, aparte de algunas aventurillas que no vienen al caso a estas alturas– y tú estas dispuesto a mandar al pobre Frank a la cámara de gas porque sólo una vez ha echado unas cuantas babas en tus zapatillas’.”

“ ‘Mí zapatilla de piel’, le dije, pero eso solo fue una pequeña andanada por encima de mi hombro. Una cosa acerca de la vida con Lulu, y mas vale que me creáis, yo siempre sabía cuando había sido vencido. Cuando perdía, era jodidamente decisivo. Una cosa que seguro no iba a decirle nunca es que estaba seguro de que el perro había vomitado en mis zapatillas a propósito, de la misma forma que se meaba en mi ropa interior a propósito si me olvidaba de ponerla en el cesto de la ropa sucia antes de irme a trabajar. Ella podía dejarse las bragas y las medias esparcidas desde el infierno a Harvard –y lo hacia– pero si yo me dejaba un par de calcetines de deporte en una esquina, volvía a casa y me encontraba con que el maldito terrier Jack Shit les había dado una ducha de limonada. Pero, ¿se lo dije?. Me habría concertado hora con un psiquiatra. Lo habría hecho aunque supiera que era cierto. Porque ella se habría dado cuenta de que hablaba en serio, y no quería hacerlo. Ella quería a Frank, sabéis, y Frank la quería. Eran como Romeo y Julieta o Rocky y Adrian”.

“Frank solía venir a su sillón cuando estábamos viendo la tele, se tumbaba en el suelo a su lado, y apoyaba el hocico en su zapato. Simplemente se quedaba echado ahí toda la noche, mirándola, todo sentimiento y amor, con su trasero apuntado en mi dirección, así que si tenía que echar un pequeño gas, yo me beneficiaría de todo. Él la quería y ella le quería. ¿Por qué?. Dios lo sabe. El amor es un misterio para todo el mundo menos para los poetas, creo, y nadie en su sano juicio puede entender nada de lo que escriben sobre eso. Yo no creo que la mayoría de ellos puedan entenderse a sí mismos en las pocas ocasiones en que se levantan de la cama y huelen el café”.

“Pero Lulubelle no me regaló ese perro para poder tenerlo ella, dejemos las cosas claras. Yo sé que hay gente que hace cosas como esas –un tipo le regala a su mujer un viaje a Miami

porque él quiere ir, o una esposa le regala a su marido un NordicTrack⁶ porque piensa que él debe hacer algo con su barriga– pero esto no fue ese tipo de regalo. Al principio nosotros nos amábamos; yo sé que la amaba, y apostaría mi vida a que ella también. No, ella me compró ese perro porque yo siempre me reía mucho con el que salía en Frasier. Ella quiso hacerme feliz, eso es todo. No sabía que Frank iba a quedar encantado con ella, o ella con él, no más que lo que sabía que el perro iba a odiarme lo suficiente como para que vomitar en mis zapatillas o mordisquear la parte de abajo de las sábanas de mi lado de la cama fuera el punto culminante de su día”.

L.T. miraría a los hombres sonrientes, sin sonreír, pero haría su conocido giro de ojos, y reírían otra vez. Yo también, cómo no, a pesar de que yo sabía lo del Hombre del Hacha.

“A mí nunca me habían odiado”, decía, “ningún hombre o animal, y esto me inquietó bastante. Me sorprendió mucho tiempo. Intente hacer amistad con Frank –primero por mí, luego por aquella que me lo regaló– pero no funcionó. Por lo que sé, él pudo intentar hacerse amigo mío, ¿cómo puedo explicarlo?. Si lo hizo, tampoco funcionó. Algún tiempo después leí –creo que en ‘Dear Abby’– que una mascota es el peor regalo que puedes hacerle a alguien, y estoy de acuerdo. Quiero decir, a no ser que te guste el animal y tú le gustes al animal, pensad en qué significa esa clase de regalo. Significa: ‘cariño, te doy este maravilloso regalo, es una máquina que come por un lado y caga por el otro, funcionará durante quince años, tómalo o déjalo, felices jodidas Navidades’. ¿Qué es lo único que pensarías después de eso, aparte de no? ¿Sabéis lo que quiero decir?”

“Creo que lo hicimos lo mejor que pudimos. Frank y yo. Después de todo, a pesar de que nos odiábamos mutuamente, ambos amábamos a Lulubelle. Por eso, creo, que aunque a veces me gruñía si me sentaba cerca de ella en el sofá mientras ponían Murphy Brown o una película o algo, nunca me mordió. Sin embargo, eso me volvía loco. Simplemente su jodida caradura, esa pequeña bolsa de pelo y ojos tenía la osadía de gruñirme. ‘Escúchale’, decía yo, ‘me está gruñendo’.”

“Ella acariciaba su cabeza de una forma en la que casi nunca acariciaba la mía, a no ser que hubiera bebido un poco, y decía que realmente era la versión canina de un ronroneo. Por cosas como esa él era feliz estando con nosotros, pasando una tranquila tarde en casa. Os diré una cosa, sin embargo, nunca intenté acariciarle cuando ella no estaba cerca. Le di de comer en ocasiones, y nunca le di una patada (aunque estuve tentado algunas veces, sería un mentiroso si dijera algo distinto), pero nunca intenté acariciarle. Creo que hubiera intentado morderme, y entonces la hubiéramos tenido. Casi como dos tipos viviendo con la misma chica guapa. Menage a trois es como se le llama en el Foro Penthouse. Ambos la amábamos y ella nos amaba a los dos, pero el tiempo pasa, empecé a darme cuenta de que la proporción estaba cambiando y ella empezaba a querer a Frank un poco más que a mí. Quizá porque nunca le replicaba y nunca vomitaba en sus zapatillas y con Frank la maldita tapa del váter nunca era un problema, porque él lo hacía fuera. A menos que, por supuesto, me hubiera dejado un par de calzoncillos en una esquina o debajo de la cama”.

En este punto L.T. probablemente terminaría el café helado de su termo, haría crujir los nudillos, o ambas cosas. Era su manera de decir que el primer acto había terminado y el Acto Segundo estaba a punto de empezar.

“Así que un día, un sábado, Lulu y yo estábamos en el centro comercial. Simplemente paseando, como la gente suele hacer. Ya sabéis. Y llegamos a Pet Notions, cerca de J.C. Penney, y había una multitud frente al escaparate. ‘Oh, vamos a mirar’, dijo Lulu, así que fuimos y nos abrimos paso hasta la parte delantera”.

“Era un árbol falso con ramas desnudas y falsa hierba – Astroturf⁷ por todos lados. Y ahí estaban unos gatitos Siameses, media docena persiguiéndose unos a otros, subiendo al árbol, golpeándose las orejas”.

“ ‘Oh, ¿no son una monada?’, dijo Lulu, ‘¿Oh, no son los bebés más graciosos?. ¡Mira, cariño, mira! “.

⁶ Nombre comercial. Máquina de ejercicios para practicar esquí de fondo. (N. del T.)

⁷ Marca comercial. Césped artificial. (N. del T.)

“ ‘Estoy mirando’, dije, y lo que estaba pensando es que acababa de encontrar lo que yo quería para Lulu por nuestro aniversario. Y fue un alivio. Yo quería que fuera algo extra especial, algo que la asombrara, porque las cosas habían estado un poco escasas de intensidad entre nosotros durante el último año. Yo pensé en Frank, pero no estaba muy preocupado por él, gatos y perros siempre pelean en los dibujos animados, pero en la vida real normalmente se entienden, esa ha sido mi experiencia. Habitualmente se entienden mejor que algunas personas. Especialmente cuando hace frío en el exterior”.

“Para hacer una larga historia un poco mas corta: compré uno y se lo regalé por nuestro aniversario. Le puse un collar de terciopelo, y una pequeña tarjeta debajo. ‘¡HOLA, soy LUCY! -decía la tarjeta- ¡De parte de L.T. con cariño! ¡Feliz segundo aniversario!’ ”

“Probablemente sabréis lo que voy a contaros ahora, ¿no?. Seguro. Es como con el maldito Frank el terrier otra vez, solo que al revés. Al principio yo estaba feliz como un cerdo en la mierda con Frank, y Lulubelle estaba feliz como una cerda en la mierda con Lucy, al principio. Acercando su cabeza a la suya, hablándole como a un niño, ‘Oh cosita, o cosita linda, pequeñita’, y así una vez y otra. Hasta que Lucy soltó un maullido y golpeó la punta de la nariz de Lulubelle. Con las uñas fuera, claro. Entonces corrió y se escondió bajo la mesa de la cocina. Lulu se lo tomó a risa, como si fuera la cosa más graciosa que le hubiera pasado nunca, y tan mono como cualquier cosa que un gatito pudiera hacer, pero pude ver que estaba cabreada”.

“Justo entonces Frank llegó. Había estado durmiendo arriba, en nuestra habitación –a los pies del lado de la cama de ella- porque Lulu soltó un pequeño chillido cuando la gatita le arañó la nariz, así que bajó a ver qué era ese lío”.

“Observó a Lucy bajo la mesa y enseguida se dirigió a ella, olfateando el linóleo donde había estado”.

“Detenlos, cariño, detenlos, L.T., se van a pelear’, decía Lulubelle. ‘Frank la matará’. ”

“Dejémoslos solos un minuto, dije. Veamos que pasa. Lucy se arqueó de la forma en que lo hacen los gatos, pero se mantuvo en el sitio, viéndole llegar. Lulu empezó a avanzar, intentando ponerse en medio a pesar de lo que yo había dicho (obedecer no era precisamente uno de los puntos fuertes de Lulu), pero yo la cogí de la muñeca y la sujeté en su espalda. Es mejor dejar que lo solucionen entre ellos. Siempre es mejor. Es más rápido”.

“Bien, Frank fue al borde de la mesa, metió la nariz debajo, y empezó ese gruñido en su garganta. ‘Déjame ir, L.T. Tengo que cogerla’, decía Lulubelle, ‘Frank le está gruñendo’. ”

“No, no lo hace, dije, solo está ronroneando. Lo reconozco de todas las veces que me ha ronroneado”.

“Ella me echó una mirada que podría haber hecho hervir agua, pero no dijo nada. Las únicas veces en los tres años que estuvimos casados en que ella no tenía la última palabra, era siempre acerca de Frank y Screwlucy. Extraño pero cierto. En cualquier otro tema, Lulu podía liarme. Pero cuando era sobre las macotas, parecía que se quedara sin poder reaccionar. Solía volverla loca”.

“Frank introdujo la cabeza bajo la mesa un poco más, y Lucy le golpeó la nariz de la misma forma que había arañado la de Lulubelle –solo que cuando golpeó a Frank, lo hizo sin sacar las uñas. Pensé que Frank iría a por ella, pero no lo hizo. Soltó una especie de gritito, y apartó la vista. No asustado, mas como si estuviera pensando, ‘Oh, vale, así que esto es lo que pasaba’. Se fue al salón y se tumbó frente a la TV”.

“Y esta fue la única confrontación que hubo entre ellos. Dividieron el territorio mucho mejor de lo que Lulu y yo lo hicimos el último año que pasamos juntos, cuando las cosas se pusieron mal; el dormitorio pertenecía a Frank y Lulu, la cocina me pertenecía a mí y a Lucy – solo a partir de Navidad, Lulubelle empezó a llamarla Screwlucy– y el salón era terreno neutral”..

“Los cuatro pasamos un montón de tardes ahí el último año, Screwlucy en mis rodillas, Frank con el hocico en los zapatos de Lulu, los humanos en el sillón, Lulubelle leyendo un libro y yo viendo la Rueda de la Fortuna o Estilo de vida de los Ricos y Famosos, al que Lulubelle siempre llamaba “Estilo de vida de los Ricos y Topless”.

“La gata no tenía nada que hacer con ella, no desde el día uno. Frank, de vez en cuando tenía la idea de que Frank estaba finalmente intentando entenderse conmigo. Al final, su naturaleza siempre intentaba obtener lo mejor de él aunque mordiera mis zapatillas o agujereara mis calzoncillos, pero de vez en cuando parecía que hacía un esfuerzo. Lamía mi mano, quizá me sonreía. Normalmente si yo tenía un plato de algo, él quería un bocado”.

“Sin embargo, los gatos son diferentes. Un gato nunca buscara tu favor a no ser que le con venga a sus intereses el hacerlo. Un gato no puede ser hipócrita. Si hubiera mas predicadores que fueran como gatos, este volvería a ser un país religioso otra vez. Si le gustas a un gato, lo sabes. Si no, también lo sabes. A Screwlucy nunca le gustó Lulu, ni un poquito, y lo dejó claro desde el principio. Si me estaba preparando para darle de comer, Lucy se restregaba contra mis piernas, maullando, mientras le servía la comida en el plato. Si Lulu la alimentaba, Lucy se sentaba al otro lado de la cocina, junto al frigorífico, mirándola. Y no se acercaba al plato hasta que Lulu se marchaba. Esto volvía loca a Lulu. ‘Esta gata cree que es la Reina de Saba’, decía. Por entonces, había renunciado a hablarle como a un bebe. También había renunciado a coger a Lucy. Si lo hacía, conseguía un arañazo en la muñeca la mayoría de las veces.

“Vale, yo intentaba fingir que me gustaba Frank y Lulu intentaba fingir que le gustaba Lucy, pero Lulu dejó de fingirlo mucho antes que yo. Yo creo que es porque ninguna de las dos, la gata o la mujer, resisten ser unas hipócritas. No creo que Lucy fuera la una razón por la que Lulu me abandonó repentinamente, sé que no –pero estoy seguro de que Lucy ayudó a que Lulubelle tomara su decisión final. Las mascotas pueden vivir mucho tiempo, ya sabéis. Así que el regalo que le hice para nuestro segundo aniversario fue la gota que colmó el vaso. ¡Contádselo a ‘Dear Abby’!

“La charla de la gata era lo peor, en lo que concernía a Lulu. No podía soportarlo. Una noche Lulu me dijo ‘Si esa gata no deja de aullar, L.T., creo que le voy a lanzar una enciclopedia’.”

“ ‘No está aullando’, le dije, ‘está charlando’.

“ ‘Bien’, dijo Lulu, ‘Me gustaría que dejara de charlar’.”

“Y justo entonces, Lucy salto en mis rodillas y se calló. Siempre lo hacía, excepto por un bajo ronroneo, subiendo por su garganta. Le rasqué entre las orejas como le gustaba, y sucedió que levanté la mirada. Lulu bajó la vista a su libro, pero antes de que lo hiciera, lo que vi fue autentico odio. No a mí. A Screwlucy. ¿Lanzarle una enciclopedia?. Parecía como si quisiera meter a la gata entre dos enciclopedias y aplastarla hasta la muerte.”

Algunas veces Lulu llegaba a la cocina y cogía a la gata de la mesa y la echaba fuera. Yo le preguntaba si alguna vez me había visto echar a Frank de la cama de esa manera –él se tumbaba, ya sabéis, siempre en su lado, y dejaba esas asquerosas pelotillas de pelo blanco. Cuando yo decía eso, Lulu me sonreía. Sus dientes se veían, al menos. ‘Si lo intentas alguna vez, te encontrarás con uno o dos dedos menos, probablemente’, respondía.”

“A veces Lucy realmente era Screwlucy. Los gatos tienen un humor variable, y algunas veces se ponen frenéticos, cualquiera que haya tenido alguno podría decíroslo. Sus ojos se agrandan y brillan, sus colas se estiran, empiezan a correr alrededor de la casa; a veces se encabritan sobre las patas traseras y manotean, boxeando al aire, como si estuvieran luchando con algo que ellos pueden ver pero los humanos no. Lucy se puso de ese humor una noche cuando tenía un año –no pudo ser mas de tres semanas antes del día que llegué a casa y descubrí que Lulubelle se había ido.”

“Bueno, Lucy salió lanzada de la cocina, hizo una especie de carrera deslizándose por el suelo de madera, saltó sobre Frank, y fue subiendo por las cortinas del salón, zarpa sobre zarpa. Dejando unos buenos agujeros en ellas, con trozos colgando. Entonces se sentó en la barra, mirando la habitación con sus grandes y salvajes ojos azules y la punta del rabo moviéndose de acá para allá.”

“Frank sólo se sobresaltó un poco y luego volvió a apoyar el hocico en el zapato de Lulubelle, pero la gata le dio un susto del demonio a Lulubelle, que estaba concentrada en su libro, y cuando levantó la vista hacia la gata, pude ver ese absoluto odio en sus ojos otra vez.”

“ ‘Vale’, dijo, ‘ya está bien. Se acabó. Vamos a encontrar una buena casa para esa zorra de ojos azules, y si no fuéramos capaces de encontrar una casa para una Siamesa de pura raza, la llevaremos a un refugio de animales. Ya he tenido bastante.’ ”

“ ‘¿Qué quieres decir?, le pregunté”

“ ‘¿Estás ciego?’, preguntó. ‘Mira lo que ha hecho a mis cortinas. ¡Están llenas de agujeros!’ ”

“ ‘Si quieres ver cortinas con agujeros’, le dije, ‘¿por qué no subes y miras los que hay en mi lado de la cama?. Los bajos están hechos harapos. Porque él los mastica.’ ”

“ ‘Eso es diferente’, dijo, chillándome. ‘Es diferente y lo sabes’ ”

“Bien, no iba a dejar pasar esa mentira. De ninguna manera iba a dejar pasar esa mentira. ‘La única razón por la que crees que es diferente es porque te gusta el perro que me regalaste y no te gusta la gata que yo te regalé’, dije. ‘Pero te diré una cosa, Señora DeWitt: si llevas a la gata a un refugio el martes por arañar las cortinas, te garantizo que el miércoles llevaré al perro a la perrera por mascar los bajos de la cama. ¿Lo entiendes?’ ”

“Ella me miró y empezó a llorar. Me lanzó el libro y me llamó hijo de puta. Mezquino hijo de puta. Intenté sujetarla, hacer que se quedara el tiempo suficiente para intentar disculparme –si había forma de disculparme sin echarme atrás, lo cual no quería hacer esta vez- pero ella se desasíó y corrió a la habitación. Frank corrió tras ella. Subieron las escaleras y la puerta del dormitorio se cerró de golpe.”

“Le di media hora o así para que se tranquilizara, y subí las escaleras. La puerta del dormitorio todavía estaba cerrada, y cuando empecé a abrirla, chocó contra Frank. Puede moverlo, pero fue un trabajo lento con él deslizándose sobre el suelo, y también fue una labor ruidosa. Estaba gruñendo. Y quiero decir gruñendo, amigos míos; no era un jodido ronroneo. Si hubiera entrado, creo que hubiera hecho su mejor intento de arrancarme mi virilidad. Dormí en el sofá esa noche. Por primera vez.”

“Un mes mas tarde, me guste o no, ella se había ido”.

Si L.T. había sincronizado bien su historia (la mayoría de las veces lo hacía; la practica conduce a la perfección), la campana que indicaba la vuelta al trabajo de la Planta de Carne Procesada W.S. Hepperton de Ames, Iowa, sonaría justo entonces, librándole de cualquier pregunta de los nuevos hombres (los obreros antiguos sabían... sabían que no se debía preguntar) sobre si L.T. y Lulubelle se reconciliaron, o si sabía donde estaba ella, o –la pregunta del millón- si ella y Frank todavía seguían juntos. No había nada como la campana de vuelta al trabajo para cerrar al público preguntas más delicadas sobre la vida.

“Bien”, solía decir L.T., guardando su termo y levantándose y estirándose, “todo esto me llevó a crear lo que llamo la Teoría de las Mascotas de L.T. DeWitt”.

Ellos le miraban expectantes, como hice yo la primera vez que le oí usar la gran frase, pero ellos siempre tendrían un sentimiento de decepción, como lo tenía yo siempre; una historia tan buena merecería un mejor final, pero L.T. nunca lo cambiaba.

“Si tu perro y tu gato se llevan mejor que tú y tu mujer”, decía, “lo mejor es que esperes llegar a casa alguna noche y encontrar una nota de Querido John en la puerta de tu frigorífico”.

Contaba mucho esta historia, como ya he dicho, y una noche cuando vino a mi casa a cenar, se la contó a mi mujer y a su hermana. Mi esposa invitó a Holly, que se había divorciado hacía casi dos años, de forma que chicos y chicas estuvieran igualados. Estoy seguro que fue por eso, porque a Roslyn nunca le gustó L.T. DeWitt. A la mayoría de la gente le gustaba, mucha gente se entregaba a él como las manos se entregan al agua caliente, pero Roslyn nunca ha sido como la mayoría de la gente. A ella tampoco le gustó nunca la historia de la nota en el frigorífico y las mascotas –puedo asegurar que no le gustaba, a pesar de que sonreía en las partes adecuadas. Holly... mierda, no lo sé. Nunca he sido capaz de saber que piensa esa chica. Principalmente solo se sentó allí con las manos en el regazo, sonriendo como la Mona Lisa. Fue culpa mía esa vez, sin embargo, lo admito. L.T. no quería contarla, pero le incité a hacerlo porque estaba todo tan callado alrededor de la mesa, solo el ruido de

la plata y el tintineo de los vasos, y podía sentir la antipatía de mi esposa hacia L.T. Parecía desprenderse en oleadas. Y si L.T. era capaz de sentir la pequeña aversión del terrier Jack Russel, probablemente sería capaz de sentir a mi esposa haciendo lo mismo. De todos modos, eso es lo que yo imaginaba.

Así que la contó, principalmente para agradarme, supongo, e hizo girar sus ojos en las partes adecuadas, como si dijera “Dios mío, me engañó totalmente, ¿verdad?” y mi mujer sonrió aquí y allí –me sonaba tan falso como el dinero del Monopoly- y Holly sonreía con su pequeña sonrisa de Mona Lisa con los ojos bajos. Aparte de eso la cena fue bien, y cuando terminó L.T. le dijo a Roslyn que le estaba agradecido por “una excelentemente interesante comida” (signifique eso lo que signifique) y ella le dijo que viniera cuando quisiera, que estaríamos muy contentos de volver a verle en casa. Era una mentira por su parte, pero dudo que haya habido una cena en la historia del mundo en la que unas cuantas mentiras no hayan sido contadas. Así que todo fue bien, al menos hasta que le llevé en coche a su casa. L.T. comenzó a hablar de que en una semana o así haría un año desde que Lulubelle se había ido, su cuarto aniversario, que significa flores si estás anticuado, o electrodomésticos si eres más moderno. Entonces contó cómo la madre de Lulubelle –por cuya casa Lulubelle nunca apareció- iba a colocar una lápida con el nombre de Lulubelle en el cementerio local. “La Sr. Simms dice que debemos considerarla como muerta”, dijo L.T., y luego empezó a chillar. Tuve tal sobresalto que casi me salgo de la maldita carretera.

Gritó tan alto que empecé a asustarme, empecé a temerme que todo ese dolor reprimido pudiera matarle con una apoplejía o porque se le reventara una vena o algo. Se balanceaba adelante y atrás en el asiento y apretó las manos contra el salpicadero. Era como si hubiera un tornado suelto dentro de él. Finalmente me hice a un lado de la carretera y empecé a palmearle el hombro. Podía sentir el calor de su piel incluso a través de la camisa, tan caliente como si se estuviera asando.

“Vamos, L.T.”, dije. “Ya es suficiente”.

“La echo de menos”, dijo con una voz tan llena de lágrimas que apenas entendía que estaba diciendo. Tan jodidamente de menos. Llego a casa y no hay nadie aparte de la gata, maullando y maullando, y pronto yo también estoy llorando, los dos llorando mientras le lleno el plato con la maldita porquería que come”.

Giró su llorosa y congestionada cara hacia mí. Mirarle era mas de lo que podía soportar, pero lo hice, sentía que tenía que hacerlo. Después de todo, ¿quien le había llevado a contar la historia de Lucy y Frank y el frigorífico esa noche?. No había sido Mike Wallace, o Dan Rather, eso seguro. Así que le miré. No llegué a abrazarle, por si acaso el tornado de alguna manera saltaba de él a mí, pero seguí palmeándole el brazo.

“Creo que ella está viva en alguna parte, eso es lo que creo”, dijo. Su voz todavía sonaba espesa y vacilante, pero también había un lastimoso pequeño intento de desafío en ella. No me estaba contando lo que creía, sino lo que quería creer. Estoy bastante seguro de eso.

“Bien”, dije, “puedes creer eso. No hay leyes que lo prohíban, ¿verdad?. Y no es como si hubieran encontrado su cuerpo, o algo así.”

“Me gusta pensar que está por ahí, en Nevada, cantando en el hotel de algún pequeño casino”, dijo. “No en Las Vegas o en Reno, no podría hacerlo en una gran ciudad, pero en Winnemucca o Ely estoy seguro de que podría conseguirlo. Algún lugar como esos. Ella simplemente vería un cartel de SE NECESITA CANTANTE y renunciaría a la idea de ir a casa de su madre. Demonios, intentarlo no cuesta una mierda, es lo que Lu solía decir. Y ella sabía cantar, ya sabes. No sé si alguna vez la oíste, pero sabía. No se si era magnífica, pero era buena. La primera vez que la vi, estaba cantando en el salón del Hotel Marriott. En Columbus, Ohio, allí estaba. O, otra posibilidad...”.

Vaciló, luego continuó en voz baja.

“La prostitución es legal en Nevada, ya lo sabes”. No en todas las ciudades, pero en la mayoría. Ella podría estar trabajando en alguno de esas caravanas Green Lantern o el Mustang Ranch. Montones de mujeres tienen una vena de prostituta en ellas. Lu la tenía. No quiero decir que se lanzara a ello, o lo hubiera hablado conmigo, así que no puedo decir como lo sé, pero lo sé. Ella... si, ella podría estar en alguno de esos lugares.”

Paró, con la mirada perdida, quizá imaginando a Lulubelle en una cama en la habitación trasera de un prostíbulo de Nevada, Lulubelle no llevaría nada más que las medias, chupando la polla tiesa de algún vaquero desconocido mientras desde otra habitación llega el sonido de Steve Earle and the Dukes cantando "Six Days on the Road" o una TV dando Hollywood Squares. Lulubelle prostituyéndose pero no muerta, el coche al lado de la carretera –el pequeño Subaru que ella llevó a la boda– sin nada en la mirada. De la forma en que la mirada de un animal, aparentemente atento, normalmente no significa nada.

"Puedo creerlo si quiero", dijo, secándose los hinchados ojos con las muñecas.

"Seguro", dije. "Apuesta por ello, L.T.". Preguntándome si los sonrientes hombres que oían su historia mientras se comían la comida podrían imaginar a este L.T., este tembloroso hombre con las mejillas pálidas y los ojos enrojecidos y la piel caliente.

"Diablos", dijo, "lo creo". Vaciló, y luego dijo otra vez: "lo creo".

Cuando volví a casa, Roslyn estaba en la cama con un libro en la mano y la manta subida hasta el pecho. Holly se había ido a casa mientras yo llevaba a L.T. a la suya. Roslyn estaba de mal humor, y averigüé por qué muy pronto. La mujer detrás de la sonrisa de Mona Lisa le había cogido cariño a mi amigo. Totalmente loca por él, quizás. Y no cabía duda de que mi mujer no lo aprobaba.

"¿Cómo perdió el carné de conducir?" preguntó, y antes de que pudiera responder: "Bebiendo, ¿no?".

"Bebiendo, sí" Me senté en mi lado de la cama y me quité los zapatos. "Pero hace casi seis meses, y si se mantiene limpio otros dos meses, lo recuperará. Creo que lo conseguirá. Va a Alcohólicos Anónimos, lo sabes".

Mi mujer gruñó, claramente no impresionada. Me quité la camisa, olí los sobacos, la colgué en el armario. Solo la había usado una o dos horas, solamente para cenar.

"¿Sabes?", dijo mi mujer, "creo que es una pena que la policía no le investigara más a fondo después de que su esposa desapareciera".

"Le hicieron algunas preguntas", dije, "pero solo para obtener la máxima información posible. Nunca hubo ninguna duda de que lo hiciera, Ros. Nunca fue sospechoso de ello".

"Oh, estás muy seguro".

"En realidad, lo estoy. Sé algunas cosas. Lulubelle llamó a su madre desde un hotel al este de Colorado el día que se fue, y volvió a llamarla desde Salt Lake City el día siguiente. Por entonces ella estaba bien. Fue en días laborales, y L.T. estaba en la fábrica. También estaba en la fábrica el día que encontraron su coche aparcado en una carretera comarcal cerca de Caliente. A no ser que pueda transportarse mágicamente de lugar en lugar en un abrir y cerrar de ojos, no pudo matarla. Además, no podría. La amaba."

Ella gruñó. Era ese odioso sonido de escepticismo que hacía a veces. Incluso después de treinta años de matrimonio, ese sonido todavía hace que quiera volverme y gritarle que pare, que se vaya a la mierda o que saque los pies del tiesto, cualquiera de las dos, que diga lo que tenga que decir o que se quede callada. Esta vez pensé en contarle cómo L.T. había llorado; cómo estaba que parecía que tuviera un ciclón dentro de él, llorando desconsoladamente por todo lo que no había podido retener. Pensé hacerlo, pero no lo hice. Las mujeres no se fían de las lágrimas de los hombres. Pueden decir algo distinto, pero en el fondo no se creen las lágrimas de los hombres.

"Quizá deberías llamar a la policía", dije. "Ofréceles un poco de tu experta ayuda. Indícales lo que han pasado por alto, como Angela Lansbury en *Murder, She Wrote*⁸"

Metí las piernas en la cama. Ella apagó la luz. Permanecimos tendidos en la oscuridad. Cuando habló otra vez, su tono era más amable.

"No me gusta. Eso es todo. No me gusta y nunca lo hará".

⁸ En España "Se ha escrito un crimen" (N. del T.)

“Sí”, dije. “Creo que eso lo aclara”.

“Y no me gusta la forma en que miraba a Holly”

Lo que significaba, tal y como averigüé finalmente, que no le gustaba la forma en que Holly le miraba a él. Cuando no estaba mirando a su plato, claro.

“Preferiría que no volvieras a invitarle a cenar”, dijo.

Permanecí en silencio. Era tarde, Estaba cansado. Había sido un día duro, una tarde dura, y estaba cansado. Lo último que quería era tener una discusión con mi esposa estando cansado y ella preocupada. Era el tipo de discusión que podía llevarte a pasar la noche en el sofá. Y la única forma de parar una discusión como esa es estar callado. En el matrimonio, las palabras son como lluvia. Y la tierra del matrimonio está llena de cauces secos y arroyos que pueden convertirse en torrentes en un abrir y cerrar de ojos. Los terapeutas creen en el diálogo, pero la mayoría de ellos son divorciados o maricones. El silencio es el mejor amigo del matrimonio.

Silencio.

Al cabo de un rato, mi mejor amigo giró hacia su lado, lejos de mí al lugar al que ella iba cuando finalmente daba por terminado el día. Permanecí despierto largo rato, pensando en un polvoriento coche pequeño, quizá una vez fue blanco, caído en una zanja junto a una carretera comarcal en el desierto de Nevada, no demasiado lejos de Caliente. La puerta del conductor permanentemente abierta, el retrovisor arrancado de su enganche y caído en el suelo, el asiento delantero empapado de sangre y marcada con las huellas de los animales que han venido a investigar, quizá a probarla.

Había un hombre –creen que era un hombre, normalmente lo es- que había descuartizado a cinco mujeres en aquella parte del mundo, cinco en tres años, la mayoría durante la época en que L.T. había vivido con Lulubelle. Cuatro de las mujeres estaban de paso. De alguna manera debió conseguir que pararan, las arrastró fuera de sus coches, las violó, las descuartizó con un hacha, abandonándolas uno o dos desvíos mas allá para los buitres y los cuervos y las comadreas. La quinta víctima fue la esposa de un anciano ranchero. La policía llama a este asesino el Hombre del Hacha. Cuando escribo esto, el Hombre del Hacha todavía no ha sido detenido. No ha vuelto a matar; si Cynthia Lulubelle Simms DeWitt fue la sexta víctima del Hombre del Hacha, también fue la última, al menos por ahora. Todavía hay algunas dudas, sin embargo, sobre si fue o no la sexta víctima. Si no en la mayoría de las mentes, esa duda existe en la mente de L.T. que todavía se permite tener esperanza.

La sangre del asiento no era sangre humana, ¿sabéis?; a la Unidad Forense del Estado de Nevada le llevó menos de cinco horas determinarlo. El trabajador de rancho que encontró el Subaru de Lulubelle vio una nube de pájaros a media milla, y cuando llegó no encontró una mujer descuartizada, sino un perro descuartizado. Poco quedaba aparte de huesos y dientes; depredadores y carroñeros habían tenido su día, y no había demasiada carne de un terrier Jack Russell con lo que empezar. No cabe duda de que el Hombre del Hacha encontró a Frank; el destino de Lulubelle es probable, pero está lejos de ser seguro.

Quizá, pensé, ella está viva. Cantando “Tie a Yellow Ribbon” en The Jailhouse en Ely o “Take a Message to Michael” en The Rose of Santa Fe en Hawthorne. Vestida con un conjunto de tres piezas. Hombres viejos intentando parecer jóvenes con chalecos rojos y negras corbatas de lazo. O quizá esté aplastando vaqueros de GM⁹ en Austin o Wendover –doblándolos hacia delante hasta que sus pechos se aplasten contra sus muslos, bajo un calendario en el que aparecen tulipanes en Holanda; sujetando pares y pares de nalgas flácidas en sus manos y pensando en qué ver en la TV esa noche, cuando termine su turno. Quizá ella aparcó a un lado de la carretera y se fue caminando. La gente hace eso. Lo sé, y probablemente vosotros también. Algunas veces la gente dice “a la mierda” y se marcha. Quizá ella dejó a Frank atrás, pensando que alguien llegaría y le daría un buen hogar, sólo que fue el Hombre del Hacha el que llegó, y...

⁹ GM Cowboys. Debe ser algo así como globos con forma de vaquero. No estoy seguro, así que si alguien lo sabe, que avise (N. del T.)

Pero no. Conocía a Lulubelle, y aunque me vaya la vida no puedo verla abandonado un perro que probablemente se ase hasta la muerte o muera de hambre en el yermo. Especialmente un perro que amaba de la manera en que amaba a Frank. No, L.T. no exageraba sobre eso, yo los había visto juntos, y lo sabía.

Ella todavía podría estar viva en alguna parte. Técnicamente hablando, al menos. L.T. está en lo cierto sobre eso. Solo porque yo no puedo imaginar una situación que lleve a ese coche con la puerta permanente abierta y el retrovisor caído en el suelo y el perro muerto y picoteado por los cuervos dos desvíos mas allá, solo porque no puedo imaginar una situación que lleve desde ese lugar cerca de Caliente a algún otro lugar donde Lulubelle Simms cante o cosa o haga mamadas a los camioneros, fuera de peligro y de incógnito, bien, eso no significa que dicha situación no exista. Como le dije a L.T., no es como si hubieran encontrado su cuerpo, sólo encontraron su coche, y los restos del perro cerca del coche. Lulubelle podría estar en cualquier parte. Podéis estar seguros de eso.

No podía dormir y estaba sediento. Me levanté, fui al baño, y saque los cepillos de dientes del vaso en el que los guardamos cerca del lavabo. Llené el vaso de agua. Luego me senté sobre la tapa del váter y bebí el agua y pensé en el sonido que hacen los gatos Siameses, ese extraño aullido, cómo suena bien si te gustan, cómo debe sonar cuando llegas a casa.

FIN